

ILIÁ ILF  
EVGENI PETROV

LA AMÉRICA  
DE UNA PLANTA

EDICIÓN Y PRESENTACIÓN  
DE ALEXANDRA ILF

TRADUCCIÓN DEL RUSO  
DE VÍCTOR GALLEGO BALLESTEROS

BARCELONA 2009



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL Одиноэт жн я Америк

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S. A. U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

- © de la edición y de la presentación, 2007 by Alexandra Ilf
- © de la edición original, 2003, 2007 by Text Publishers
- © de la traducción, 2009 by Víctor Gallego Ballesteros
- © de las fotografías, by Archivo Estatal Ruso de Literatura y Arte (págs. 19, 25, 37, 83, 107, 113, 123, 205, 379, 389, 443, 459 y 465), Art Collegia (pág. 241) y A.I. Ilf (págs. 209, 421 y 429)
- © de esta edición, 2009 by Quaderns Crema, S. A. U.

Todos los derechos reservados:  
Quaderns Crema, S. A. U.

Imagen de la cubierta, *El correo*

Este libro ha recibido una subvención  
de la Mikhail Prokhorov Foundation  
(programa de traducción TRANSCRIPT)



Фонд  
Михаила  
Прохорова

ISBN: 978-84-92649-19-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 35 473-2009

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2009*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

Presentación, *por* ALEXANDRA ILF 7

### PRIMERA PARTE DESDE LA VENTANA DE LA PLANTA 27

1. El «Normandie»	17
2. Primera tarde en Nueva York	25
3. Lo que puede verse desde la ventana de un hotel	35
4. El apetito desaparece comiendo	42
5. En busca de un ángel sin alas	52
6. «Papa and mama»	61
7. La silla eléctrica	69
8. El gran estadio de Nueva York	82
9. Compramos un coche y partimos	91

### SEGUNDA PARTE POR LOS ESTADOS DEL ESTE

10. En la autopista	105
11. Una ciudad pequeña	114
12. Una gran ciudad pequeña	123
13. La casita eléctrica del señor Ripley	132
14. A América no se la puede coger desprevenida	143
15. Dearborn	154
16. Henry Ford	162
17. Chicago, una ciudad terrible	174
18. Los mejores músicos del mundo	188

### TERCERA PARTE HACIA EL OCÉANO PACÍFICO

19. En el país de Mark Twain	199
20. Un marino	212

21. Roberts y su mujer	220
22. Santa Fe	232
23. Encuentros con los indios	239
24. Un día desgraciado	251
25. El desierto	263
26. El Gran Cañón	272
27. El hombre de la camisa roja	280
28. El joven baptista	294
29. En la cresta de la presa	302

CUARTA PARTE  
EL ESTADO DORADO

30. El récord de la señora Adams	315
31. San Francisco	328
32. El fútbol americano	340
33. «La colina rusa»	350
34. El capitán X	358
35. Los cuatro modelos	370
36. El Dios de la chapuza	380
37. Los siervos de Hollywood	391
38. Recen, pésense y paguen	396
39. El país de Dios	404

QUINTA PARTE  
DE VUELTA AL ATLÁNTICO

40. Por la vieja ruta española	417
41. Un día en México	428
42. Año Nuevo en San Antonio	438
43. Entramos en los estados del Sur	450
44. La población negra	461
45. La democracia americana	474
46. Una vida inquieta	482
47. ¡Adiós, América!	492

## PRESENTACIÓN

### STALIN ENVÍA A ILF Y A PETROV AL PAÍS DE LA COCA-COLA

ALEXANDRA ILF

Las crónicas de viaje *La América de una planta* son el resultado del periplo de Iliá Ilf y Evgeni Petrov por los Estados Unidos de América. Los autores de la famosa dilogía *Las doce sillas* y *El becerro de oro*, partieron hacia América como corresponsales del diario *Pravda* que, en la sección de literatura y arte, había publicado con regularidad sus folletines desde comienzos de 1932.

Ilf y Petrov dejaron Moscú el 19 de septiembre de 1935 y, a través de Polonia, Checoslovaquia y Austria, llegaron a Francia. Tras detenerse unos días en París para arreglar sus asuntos literarios, zarparon desde Le Havre, el dos de octubre, en el trasatlántico *Normandie* y llegaron a Nueva York el día 7 de octubre. Los escritores permanecieron en Estados Unidos tres meses y medio. A bordo de un pequeño Ford de color «gris-ratón», cruzaron dos veces todo el país, de este a oeste y de oeste a este: «¡También nosotros, entre millones de automóviles, volamos de un océano a otro, como un grano de arena llevado por la tormenta de gasolina que, desde hace tantos años, se ha desencadenado sobre América!».

En su viaje pasaron muchas cosas. «En dos meses—escribieron Ilf y Petrov al hacer un resumen de los resultados—, habíamos recorrido veinticinco estados y varios cientos de ciudades, respirado el aire seco de los desiertos y de las grandes praderas, cruzado las Montañas Rocosas, visto a los indios, conversado con jóvenes parados, capitalistas viejos, intelectuales radicales, obreros revolucionarios, poetas, escritores, ingenieros. Habíamos visitado fábricas y par-

ques, admirado carreteras y puentes, subido a Sierra Nevada y descendido a las grutas de Carlsbad. Habíamos cubierto diez mil millas».

El trabajo para el libro comenzó ya en Estados Unidos. Cada noche, al detenerse para dormir, en lugar de descansar, tomaban la pluma (o la máquina de escribir). Por consejo de su acompañante y amigo, mister Tron (en el libro figura con el apellido Adams), no sólo anotaban todas las impresiones del viaje en «sus libretitas», sino que llenaban con comentarios minuciosos las páginas de gruesos diarios norteamericanos. Tal y como decía Ilf en su diario: «Si no escribes cada día, o incluso dos veces al día, lo que has visto, todo se va al diablo, se borra de la cabeza y nunca más lo recuerdas». Pero incluso en estas circunstancias encontraron tiempo para escribir a sus casas, y en el texto a veces se pueden reconocer frases de tal o cual carta.

Un mes después de que los escritores hubieran salido «de Nueva York hacia América», apareció en *Pravda*, el 24 de noviembre de 1935, su primera crónica: «El camino a Nueva York» (un mes antes Ilf anota en su diario: «Comenzamos a escribir para *Pravda*...»). A lo largo de 1936 se publicaron en *Pravda* seis crónicas más («Encuentros americanos», el 5 de enero; «Viaje al país de la democracia burguesa», el 18 de junio; «Nueva York», el 4 de julio; «Caballeros eléctricos», el 12 de julio; «La célebre ciudad de Hollywood», el 5 de septiembre; «En Carmel», el 18 de octubre).

Las «fotografías americanas» se convirtieron en un particular resumen de *La América de una planta*. En abril de 1936 la revista *Ogoniok* comenzó a publicar con ese nombre once reportajes fotográficos de Ilf y Petrov: una serie de fotografías tomadas por el primero, con extensos pies de foto. Sus lectores adquirieron una noción (si bien bastante escueta) de América y de las gentes que encontraron los escritores. Durante el viaje, Ilf hizo más de mil fotografías.

El libro fue escrito durante los meses de verano de 1936.

Los lectores, a menudo se preguntan sobre el método de trabajo de Ilf y Petrov. («Por cierto—ironizaba Ilf—¿que cómo trabajamos juntos? Siempre «nosotros» y «nosotros». Nosotros dijimos, nosotros pensamos. En resumen, terminamos con dolor de cabeza»). La verdad es que tenían la rara costumbre de pensar y escribir juntos. «Ésta fue la primera obra que escribimos por separado—rememoraba Petrov—; Ilf escribió veinte capítulos, yo escribí otros veinte y los dos juntos, con nuestro método habitual, escribimos siete».

Los primeros en conocer *La América de una planta* fueron los lectores de la revista *Znamia* (en los números 10 y 11 de 1936). En la primavera del año siguiente, las crónicas aparecieron en la revista *Roman-gazeta* (números 4 y 5) y, en forma de libro, en la editorial Judozhstvennaia literatura. Ilf murió el 13 de abril de 1937, pero tuvo tiempo de ver recién impreso el libro.

¿De qué clase de libro se trata? Hay libros de viajes que no sólo describen un país, sino también al viajero. Se les puede llamar psicológicos. Los ejemplos clásicos de semejante modo de viajar (Stern, Heine, Andersen, Karamzin y Fonvizin entre los rusos), tienen más que ver con la literatura que con el documento. Es de justicia añadir a esta lista *La América de una planta*, ya que no se trata de una guía de viaje por Estados Unidos, sino de una auténtica obra de arte sobre ese «país en movimiento» creada por autores refinados y observadores: «Lo sabíamos. No debíamos apurarnos. Era muy pronto para escribir generalidades. Primero teníamos que ver todo lo que fuera posible. Nos deslizábamos por el país como si fuera una novela larga y divertida en capítulos sucesivos, sofocando en nosotros el legítimo deseo de todo lector impaciente de echar un vistazo a la última página».

La Rusia de los años veinte y treinta estaba acostumbrada a tener una actitud crítica hacia la América capitalista. Esenin había llamado a Nueva York «la Mirgorod de hierro» y Gorki le había otorgado el título de «Ciudad del dia-

blo amarillo». Maiakovski quería, tanto en su prosa como en verso, «limpiar América y luego descubrirla por segunda vez». Se sobreentiende que ésta era una «demanda social» interna, pero a mediados de los años treinta, tal «demanda social» podía ser impuesta desde el exterior.

No sabemos cuál fue la tarea que Mejlis, el editor en jefe de *Pravda*, encomendó a Ilf y Petrov. ¿Tenía como objetivo someter a Estados Unidos a una crítica demoleadora, sobre el fondo del victorioso avance del sistema socialista, mostrando a la vez la debilidad y el fracaso inevitable del capitalismo, el primitivismo y la vulgaridad del modo de vida americano, la falsedad de la prensa burguesa y la destrucción feroz del arte cinematográfico americano? ¿O, después de todo, fue una época en la que por primera vez se establecieron relaciones diplomáticas normales entre la Unión Soviética y Estados Unidos, bajo el mandato de Franklin D. Roosevelt?

En todo caso, cualquiera que fuera la «demanda social» (si es que la hubo), sabemos una cosa: el resultado no es un libro escrito por encargo.

América recibió amigablemente a los autores. La intelectualidad progresista ya conocía a aquellos escritores satíricos. Su novela *El becerro de oro* había sido publicada dos veces en Nueva York, en 1932 y 1935. (Por cierto, *La América de una planta* apareció traducida al inglés poco después de la edición soviética). Ilf y Petrov conocieron a autores como Hemingway, Upton Sinclair, Dos Passos, Lincoln Steffens, Henry Ford, y a algunos directores cinematográficos de Hollywood. Precisamente allí escribieron el guión para una película basada en *Las doce sillas*.

Los dos autores no tuvieron la intención de escribir ninguna sátira, ninguna obra grotesca ni tampoco una «mera reseña» de la vida americana: «No estamos hablando del estreno de una obra, y nosotros no somos críticos teatrales. Hemos trasladado al papel nuestras impresiones sobre el país y lo que pensamos de él». «Quizá pasamos de una manera su-



perfidial por América, pero las cosas fueron así y ahora contamos lo que hemos visto», admite sinceramente Ilf.

Y así *La América de una planta* vio la luz. A juzgar por los comentarios, despertó un vivo interés en las «bases» (como se llamaban a sí mismos los lectores soviéticos).

Pero ¿qué es lo que podía interesar en este libro a los lectores soviéticos de los años treinta? Les atraía el hecho de poder conocer un modo de vida distinto en un país extranjero. En la Rusia de aquellos años no había rascacielos, ni cafeterías, ni cabarets (es decir strip-tease), ni servicio al consumidor, pomelos y zumo de pomelo, ni una poderosa industria automovilística, anuncios publicitarios comerciales (eléctricos o de cualquier otro tipo), «hot dogs», papel higiénico, aparatos electrodomésticos ni muchas, muchas otras cosas. (Cosas que hoy día ya no sorprenden a nadie).

Ha llovido mucho desde que Ilf y Petrov vieron, desde la cubierta del *Normandie*, los rascacielos de Nueva York que se elevaban sobre el océano «como serenas columnas de humo». Desde entonces Estados Unidos ha cambiado, ha cambiado Rusia y ha cambiado el mundo entero.

Ahora también tenemos en Rusia mafiosos, rutas exóticas, un presidente, *brockers*, *dealers* y *killers*, una Casa Blanca, «chicas desnudas que desfallecen de amor por la población», hamburguesas y demás entretenimientos. Nuestro país (al menos en lo visible) imita con todas sus fuerzas a América: la de las violentas películas «de acción» hechas en Hollywood, la de la publicidad, etcétera. En cambio, al igual que antes, no tenemos carreteras de primer orden, ni ninguna protección normal al consumidor, ni exactitud ni puntualidad en el trabajo ni muchas, muchas otras cosas (cosa que tampoco debe sorprendernos).

¿Para qué reeditar un libro que tiene setenta años? El quid está en que Ilf y Petrov vieron y entendieron con exactitud a América y a los americanos. Es verdad, en América —al igual que en Grecia— hay de todo. Dos océanos. 48 es-

tados. El paraíso y el infierno. Contrastes que te dejan perplejo. Riqueza y pobreza, rascacielos y chabolas miserables, un elevadísimo nivel de vida junto a la mayor pobreza espiritual. «El triunfo del absurdo».

¿Por qué América es de una planta? ¿Y los rascacielos? Los escritores añaden, al definirla «de una planta», un nuevo sentido, nada peyorativo: «Para mucha gente, América es el país de los rascacielos, del metro y del tren elevado, cuyo rumor se oye día y noche, del ruido infernal de los automóviles y de los gritos ininterrumpidos y desesperados de los agentes de bolsa, que vocean entre los rascacielos el curso de las acciones, más bajo cada segundo que pasa. Es una representación antigua, frecuente, ya habitual». Pero se refuta por el hecho de que «En su mayor parte, América es un país de casas de una o dos plantas. La mayoría de la población americana vive en ciudades pequeñas...». A diferencia de sus predecesores soviéticos, Ilf y Petrov no quisieron mostrar la «Mirgorod de hierro», sino una América distinta, verdadera, «de una sola planta», con americanos de verdad, sin adornarlos ni tampoco desacreditarlos.

Hay cosas de América que les gustan, otras que no; hay cosas que quisieran trasladar a su patria, otras que son criticadas severamente. Los dos escritores, literalmente, profundizan en todo. Y es imposible sospechar en ellos impostura alguna cuando escriben: «Estábamos todo el tiempo hablando de la Unión Soviética, trazando paralelismos, haciendo comparaciones» o «En todo momento sentíamos el deseo irreprímible de quejarnos o, a la manera soviética, de proponer sugerencias».

Con todo lo dicho, el libro resultó excepcionalmente amable y, aunque parezca extraño, no ideologizado. «La comparación entre la Unión Soviética y los Estados Unidos es un tema inconmensurable. Nuestros apuntes son sólo el resultado de nuestras observaciones de viaje. Sencillamente quisimos fortalecer en la sociedad soviética el interés por

América, por el estudio de esa gran nación». (Y si quieren saber la opinión de los autores acerca de la democracia americana, lean el capítulo 45, que lleva por título «La democracia americana»).

Pese a la enorme distancia que les separa de tierras soviéticas, Ilf y Petrov continúan viviendo la realidad de la vida y la literatura rusas. Les resulta agradable ver que en un cine de Nueva York se proyecta la película *El nuevo Gulliver*. Comparan los albergues nocturnos del Ejército de Salvación con *Los bajos fondos*, de Gorki, en una puesta en escena americana. Los escritores moscovitas, aunque ambos nacidos en Odessa, enumeran con gusto los nombres que reconocen en pequeñas ciudades americanas: «...un maravilloso Moscú en miniatura, donde el menú n.º 2 de la farmacia consiste en tortas calientes con jarabe de arce, donde la comida se acompaña de pepinillos agridulces, donde en el cine se exhiben películas de gángsteres: un Moscú genuinamente americano...». «Aparte del Moscú de Ohio, hay un par más en otros dos estados... Hay una Odessa, aunque no se encuentra a la orilla del mar Negro ni de ningún otro mar, sino en el estado de Texas. ¿Quién sería el oriundo de Odessa capaz de llegar a un lugar tan lejano?». Comparan a Al Capone con el cochero Komarov (hubo un asesino con ese nombre en la Moscú de los años veinte). O notifican con aire importante «Al igual que Chíchikov, hicimos una visita al jefe de la ciudad...». Y, finalmente, lanzan un grito que les sale del alma: «Ese último día del año nos sentíamos particularmente lejos de nuestra tierra natal, de Moscú, de nuestros deudos y amigos. A decir verdad, nos apetecía tomarnos una copita de vodka, acompañada de arenque ahumado y pan negro, pasar un buen rato, pronunciar alegres y disparatados brindis».

El libro es muy ameno, y su estilo impecable. El humor característico de los escritores, unido a una ironía no demasiado alegre, pone en evidencia aspectos comunes y corrientes de la vida americana: «Detrás del cristal languidece un pla-

to de sopa, o de carne, o un vaso de zumo o un pastel. A pesar del fulgor del vidrio y del metal, esas salchichas y croquetas privadas de libertad provocan una sensación extraña, la misma pena que le embarga a uno al ver un gato en una exposición», o «Era una pornografía bastante mecanizada, de carácter industrial. En ese espectáculo había tan poco erotismo como en una fábrica de aspiradoras o de calculadoras», o «El estrépito del jazz rivalizaba, en la medida de sus fuerzas, con el ruido del tren elevado». Y, por supuesto, es imposible pasar de largo ante la imagen humorística de mister Adams-Tron ese «confuso excéntrico», ese «Pickwick», un hombre con puntos de vista progresistas, instruido y sagaz, que organizó y embelleció el viaje en automóvil que, durante dos meses, los escritores hicieron por el país.

Se podría decir mucho acerca de las cualidades artístico-literarias de *La América de una planta*, acerca de la crítica oficial a la que fue sometida en más de una ocasión (¡«Rascacielos frondosos»!), mencionar los cortes hechos por la censura, contar acerca de los prototipos de la pareja Adams, acerca de la carta que Ilf y Petrov escribieron a Stalin después de su regreso de Estados Unidos, enumerar las múltiples reacciones y ediciones extranjeras, así como las variantes de la traducción del título a idiomas extranjeros; por ejemplo, la faja publicitaria de la última edición parisina dice: «Stalin envía a Ilf y Petrov al país de la Coca-Cola».

Hoy este libro honesto, inteligente y sin tintes ideológicos acerca de América y sus habitantes es más actual y necesario que nunca. En esta edición de *La América de una planta* se reproduce la versión íntegra de los autores, sin las deformaciones producto de la censura.

A. I.

(Traducción del ruso de Manuel Stacey)